

porque pensé que estando al lado del sacerdote la vaca me respetaría.

Nada de eso; la vaca se me vino encima y no sé por qué se me ocurrió abrir repentinamente el paraguas. La vaca se asustó, se contuvo, pegó una abierta carrera y se fué en otra dirección.

El padre Gamarra se me acercó y me dijo:

—Me gusta su sangre fría y le voy a regalar una estampa.

Efectivamente, yo sentía la sangre fría, desde la cabeza hasta los pies. Me habría sido imposible moverme de mi puesto. No le contesté nada al padre Gamarra, pues no podía hablar, porque no me pasaba el susto. Había hecho, sin quererlo, una especie de suerte de don Tancredo, con paraguas. Cuando los muchachos volvieron donde estábamos el padre Gamarra y yo, éste los increpó por su cobardía, haciendo elogios de mi sangre fría y haciéndoles saber que como premio me iba a dar una estampa.

Si mis compañeros me hubieran visto inmediatamente después de mi hazaña, de seguro me habrían conocido el miedo y se habrían burlado de mí, pero como ya me había pasado el susto, pasé por algo así como un héroe.

¿Cuántas veces se presentan en la vida casos como éste, en que un individuo aparece como héroe porque ejecuta un acto de valor, de puro miedo?

Si yo hubiera contado esta hazaña sin decir la verdad, es decir que la ejecuté de puro miedo, con seguridad que la mayor parte de los lectores habrían

creído que era inverosímil, habrían admirado mi premio que por mí Gamarra.

Una

El que leía dura mesa, se iban a los fieros estaban acostados.

El padre Malezi

Una noche que subir directamente decir a Guevara y gilaba; después seg

Los padres, cuando volvían al comedor, daba justamente debajo los pisos de arriba.

Me detuve un rato seguí para mi dormitorio había llegado a para acostarme cuando de unas pepas de a haciendo gran ruido muchachos.

El padre Malezi no me fui a mi dormitorio había sido el p zancazos subió y sin A mí, que tenía cobij